

Hijos de Dios

Septiembre 2025



Rob Jansons

Rob es pastor de New Hope Fellowship, y es parte de un ministerio cristiano infantil para niños marginados en Calcuta. Él y su esposa, Sue tienen tres hijas.

CADA DIA, Volumen 25, Número09, Septiembre 2025. Copyright © La Hora de la Reforma. Toda Escritura es de la: Reina Valera 1960. Puede citarse parte de este librito devocional citando la fuente.

Tiraje: 5 mil

Texto: Rob Jansons

Redacción editorial: Huascar de la Cruz

Dirección General: Huascar de la Cruz, director del Ministerio Reforma

Traducción Rubí de la Cruz

Digramación: David Marín

Portada: Daniel Ulín



Ministerio
Reforma



Hijos de Dios

Rob Jansons

Dios se revela a lo largo de la Escritura como nuestro Padre amoroso. Yo soy hijo de Dios, y tú también lo eres. Esta sencilla verdad significa que nuestro Dios Padre quiere que le conozcamos de manera personal y que tengamos una relación cercana con Él.



En estos devocionales tocaremos temas como la salvación, el perdón, la restauración y la herencia del Padre celestial. Que mientras exploras las asombrosas verdades de este mes, descubras los maravillosos privilegios de ser hijo de Dios.





BIENVENIDO A LA FAMILIA

“Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”.

Juan 1:12

A veces, parece que para conocer a Dios necesitamos un diccionario teológico en la mano. Hay quienes hablan de Él usando palabras técnicas y conceptos complicados. La Biblia, en cambio, prefiere imágenes sencillas y fáciles de entender. Una de las más hermosas es esta: Dios es nuestro Padre, y nosotros somos sus hijos.

Si tienes la bendición de ser padre de familia, sabes por experiencia que no hay nada como tener una buena relación con tus hijos. Esa vivencia te da una idea concreta de lo que significa ser un padre. Normalmente, un padre es alguien mayor, más sabio y más fuerte. Es alguien que se preocupa sinceramente por nosotros, que nos provee lo necesario y que vela por nuestro bienestar. Un buen padre conoce a sus hijos: sabe su nombre, su cumpleaños, sus gustos e intereses. Pero, sobre todo, está presente. Está disponible cuando lo necesitan, especialmente en los momentos más difíciles.

Juan 1:12 nos muestra el camino para llegar a ser hijos de Dios. Es a través de la fe en Jesús que se abre la puerta para entrar en la familia de Dios. En un mundo donde muchos se sienten como un número más, fácilmente olvidados entre la multitud, hay un Padre celestial que te conoce por nombre, que te ama profundamente y que te llama a casa. No tienes que vivir como un huérfano espiritual. Dios puede ser tu Padre... hoy mismo, si pones tu fe en Jesús.

Ora: *Señor, ayúdame a formar parte de tu familia por medio de Cristo. Quiero disfrutar de tu amor y de tu cuidado y llegar a ser un hijo obediente. En el nombre de Jesús, Amén.*



EN MANOS DE MI PADRE

“Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros”.

Juan 17:11

La escena puede parecer arriesgada: un padre lanza a su pequeña hija por los aires. Ella ríe a carcajadas, con los ojos brillando de emoción. No hay temor en su rostro, solo pura alegría. Aunque está en el aire, suspendida por un instante, no siente miedo... solo confianza. Confía porque sabe quién la sostiene. Conoce esas manos: manos fuertes, firmes, amorosas. Manos que jamás la dejarán caer. Manos que están allí no para asustarla, sino para cuidarla y protegerla siempre.

¿Acaso no es maravilloso saber que la Biblia habla con tanta frecuencia del cuidado de Dios por sus hijos? Ese cuidado es una de sus especialidades. Y para que no nos quede la menor duda, Jesús mismo lo expresó en oración al Padre: “Guárdalos en tu nombre”. Él sabía que solo en las manos del Padre estamos verdaderamente seguros.

Esta verdad debería transformar la manera en que vemos la Biblia. No es simplemente un manual de reglas o un mapa para evitar el castigo. La Biblia es como una extensa carta de amor, donde Dios abre su corazón a sus hijos. Es una invitación del Padre para que lo conozcamos de forma personal e íntima. Nos habla de salvación, sí... pero no solo como escape, sino como adopción. Es el regreso a casa, donde somos recibidos con alegría, celebramos con Él, y participamos de la herencia gloriosa del amor inagotable del Padre. ¿Ya eres parte de la familia de Dios?

Ora: *Gracias, Padre, por el privilegio de ser hijo tuyo. Danos la fe para confiar en que tus manos son refugio seguro para nosotros. En el nombre de Jesús, Amén.*



EL PADRE PERFECTO SÍ EXISTE

“Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?”.

Mateo 7:11

Como padres, por más que lo deseemos, no siempre podemos evitar que nuestros hijos sufran. No podemos impedir que se caigan, o que se equivoquen. Tampoco podemos estar siempre con ellos: a veces no llegamos a tiempo, no tenemos la fuerza o la sabiduría para intervenir como quisiéramos. Es una de esas lecciones que la vida se encarga de enseñarnos: no somos los “súper papás” que quisiéramos ser.

Jesús compara a nuestro Padre celestial con algo que todos conocemos: nuestras limitaciones como padres. Él no oculta nuestras imperfecciones, sino que las utiliza para resaltar algo mucho mayor: la perfección del cuidado de Dios. Si nosotros —con todas nuestras fallas— buscamos el bien de nuestros hijos, cuánto más lo hará nuestro Padre celestial.

Dios es un Padre capaz, atento y presente. Nunca llega tarde, nunca se distrae, nunca está demasiado ocupado. Sus motivos son siempre buenos y sus planes perfectos, incluso cuando no entendemos su manera de actuar... o su silencio. Durante su ministerio, Jesús mismo se apoyó constantemente en el Padre. Esa cercanía, esa fuerza, esa relación íntima que sostuvo a Jesús, está disponible también para todos los que creen en Él. En un mundo lleno de incertidumbre, peligro y corazones frágiles, no necesitamos padres perfectos... necesitamos al Padre perfecto. Y en Cristo, podemos llamarlo nuestro Padre.

Ora: *Padre, necesitamos de tu fuerza, sabiduría y protección. Gracias por cuidarnos y hacer lo mejor para nuestro bienestar. En el nombre de tu Hijo, Amén.*



SIEMPRE HAY UN HOGAR

“Aunque mi padre y mi madre me dejaran, con todo, Jehová me recogerá”.

Salmo 27:10

Tristemente, no todo el mundo guarda buenos recuerdos de su padre. Muchos crecieron con padres ausentes, que ofrecieron desamparo en lugar de protección. Algunos nunca llegaron a conocerlos. Y otros, aún más doloroso, hubieran preferido no haberlos conocido nunca. El mundo está lleno de historias marcadas por padres que abandonaron, descuidaron o incluso dañaron a sus hijos. Y cuando esa es la experiencia, es comprensible que resulte difícil aceptar a Dios como Padre. La palabra “padre”, en lugar de traer consuelo, puede despertar confusión o rechazo.

Sin embargo, la fidelidad de Dios supera con creces la de los mejores padres. Nuestro Dios Padre es el Padre fiel y perfecto. Él conoce el vacío que deja el abandono, y solo él es capaz de llenarlo. Al llamarse Padre, Dios está revelando su deseo más profundo: tener una relación real y cercana contigo. Él te ama como nadie jamás lo ha hecho, con una fidelidad y ternura que ningún amor humano puede igualar.

Si tu padre terrenal te falló, entonces tú sabes —más que nadie— cuánto necesitas al Padre celestial. No permitas que el dolor del pasado te cierre a recibir el amor de Dios. Él no se parece a los que te abandonaron o lastimaron. Nadie debería crecer sin amor y sin cuidado. Y gracias a Jesús, nadie tiene que seguir así. El Padre perfecto te está esperando... con los brazos abiertos.

Ora: *Padre, gracias por llamarnos hijos tuyos y aceptarnos en tu familia. Cambia el dolor de nuestras relaciones rotas por la alegría por tu amor. En el nombre de Jesús, Amén.*

ABBA, PADRE

“El espíritu [...] por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”.

Romanos 8:15-16

“Abba, Padre” es una expresión muy hermosa que retrata la relación armoniosa y cercana que Dios desea tener con cada uno de sus hijos. En esas dos palabras se encierra un equilibrio perfecto: cómo podemos ver a nuestro Padre celestial y cómo podemos acercarnos a Él.

“Abba” es un término cariñoso utilizado por los niños en la cultura judía para dirigirse a su padre, muy parecido a nuestra palabra “papá”. Comunica cercanía, ternura, dependencia y vulnerabilidad. Cuando decimos “Abba”, expresamos nuestra confianza plena y nuestra entrega total al cuidado amoroso de Dios. Podemos llamarlo así porque Jesús pagó por nuestros pecados y quitó nuestra culpa, abriéndonos el camino para acercarnos con libertad y sin temor a su presencia. Imagínelo: un niño pequeño descansando seguro en los brazos fuertes de su padre. Esa imagen sencilla y poderosa retrata nuestra intimidad y dependencia de Dios.

Cuando unimos *Abba* con *Padre*, obtenemos una visión completa de quién es Dios para nosotros. *Abba* nos habla de cercanía e intimidad; *Padre*, de autoridad y reverencia. Necesitamos ambas: Debemos respetar y temer a Dios como el Creador del universo, como el Juez justo de toda la tierra. Pero también debemos confiar en Él, descansar en su ternura y dejarnos guiar por su amor fiel. ¿Has descubierto ya esta alegría y consuelo de conocer a Dios como tu Abba, Padre?

Ora: Abba, Padre, gracias por invitarnos a una relación personal contigo. Ayúdanos a conocer y disfrutar de todos los beneficios de una vida plena a tu lado. En Jesús, Amén.

HONOR A QUIEN HONOR MERECE

“Venid, hijos, oídme; El temor de Jehová os enseñaré”.

Salmo 34:11

Tal vez la palabra “temor” te suene un poco dura. Pero en la Biblia, no significa tenerle miedo a Dios como si fuera alguien cruel o lejano. Más bien, se trata de tener un respeto profundo y un corazón dispuesto a obedecerlo, porque sabemos que Él nos ama y quiere lo mejor para nosotros. El temor de Dios es parecido a lo que sentimos hacia un buen padre: sabemos que nos ama, pero también que merece nuestro respeto. Esa es la actitud correcta delante de Dios, y la base de una vida sabia.

La Biblia nos muestra que Dios no es solo nuestro Padre, también es el Creador del universo y Juez justo. No podemos tratarlo como alguien cualquiera, ni como si estuviera ahí solo para cumplir nuestros deseos. A veces, actuamos como niños rebeldes: queremos que Dios nos dé lo que pedimos, y si no lo hace, nos enojamos o nos alejamos de Él. Pero Dios no se deja manipular. Y aun así, nos sigue amando.

Jesús fue a la cruz por todas las veces que le hemos fallado a Dios. Gracias a Él, podemos tener una relación nueva con el Padre: una relación de amor, perdón y confianza. Dios quiere que lo conozcas tal como es: justo, sabio, poderoso... y lleno de amor. No es alguien a quien debas temer con terror, pero tampoco alguien a quien debas tomar a la ligera. Temer a Dios es reconocer quién es Él... y confiar en su cuidado. Esa es la verdadera sabiduría.

Ora: *Ayúdanos, Padre, a crecer en amor y honor hacia ti. Permite que mi sabiduría se cimiente en el temor a ti. En el nombre de Jesús te lo pedimos. Amén.*

UN PADRE QUE ESCUCHA

“Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público”.

Mateo 6:6

Jesús nos invita a tener una relación cercana y amorosa con Dios como nuestro Padre. Ese privilegio se revela de manera especial en la forma en que Él nos enseñó a orar. Dios es todopoderoso, sostiene el universo entero en sus manos... pero eso no le impide escuchar con atención las oraciones de sus hijos.

Imagine al presidente de una nación, a quien por lo general se le considera la persona más poderosa del lugar. Si alguien lograra hablar con él unos minutos, lo vería como un gran privilegio. Pero cuando ese mismo presidente llega a casa, hay un pequeño par de orejitas esperándolo con ilusión. Esa niña —su hija— no necesita pedir una cita, ni presentar credenciales. Ella entra, lo abraza, y puede llamarlo “papá”. Su acceso no depende de asuntos de estado. Su agenda no es la seguridad nacional. Ella cuenta con un acceso personal porque es su hija y él es su padre. Ningún ministro ni jefe de estado tiene ese nivel de cercanía. Y ese es solo un pálido reflejo de lo que Dios quiere tener contigo.

Hoy, el Padre está a tu alcance. Y esto debido a que su Hijo, Jesús, hizo todo lo necesario para pavimentar el camino hacia él. No importa dónde estés o lo que hayas hecho. Él está disponible, cercano, dispuesto a escucharte. El Dios todopoderoso es también un Padre tierno, que nunca está demasiado ocupado para ti.

Ora: *Gracias, Señor, por amarnos y escuchar nuestras oraciones. Ayúdanos a comprender que responderás en el tiempo perfecto y a confiar en tu sabiduría. En Jesucristo. Amén.*

COLMADOS DE SU AMOR

“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios...”

1 Juan 3:1

¡Qué extravagante es el amor de Dios! Es abundancia que desborda, generosidad exagerada, casi escandalosa. Es el tipo de abundancia que parece demasiado... casi un derroche. Pero así es el amor del Padre: nos ha colmado con su amor. Un amor más grande que el de una madre por su hijo. Un amor que no llega a cuentagotas, sino como una lluvia constante, como un torrente que no se detiene. Es afecto y cuidado inagotable, derramado día tras día, incluso cuando no somos conscientes de ello.

Muchas veces somos como bebés, sin darnos cuenta de cuán cerca está Dios, de cuánto nos ama. Pero Él sigue ahí, colmándonos. No se cansa. No nos mide. No se limita. Ese amor no solo nos rodea... nos transforma. Cuando abrimos el corazón al amor de Dios, algo profundo sucede: somos renovados, recreados, regenerados. Pasamos de ser criaturas a ser hijos. Y esto es un regalo que solo Él puede dar.

Aunque no entendamos del todo ese amor —porque somos pecadores, porque a veces dudamos, porque no somos dignos— la Biblia nos asegura que podemos ser llamados hijos de Dios si recibimos a Jesús como nuestro Salvador (Juan 1:12). Ninguno de nosotros merece tanto. Y, sin embargo, Dios nos colma de su amor. Si no nos amara así, no podríamos ser sus hijos. ¡Esto es algo asombroso! Que el Creador del universo haya decidido amarnos de esa forma... y llamarnos suyos.

Ora: *Dios y Padre, ayúdanos a comprender cuán grande es tu amor por nosotros. Gracias por amarnos primero y por hacernos tus hijos. En el nombre de Jesucristo oramos, Amén.*



AMOR DURADERO

“El amor nunca deja de ser ; pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará”.

1 Corintios 13:8

El verdadero amor nunca se acaba. Y el amor de Dios es precisamente así: eterno, constante, inquebrantable. Siempre está ahí, sin falta. El Salmo 103:17 lo dice con claridad: “Pero el amor del Señor es eterno para aquellos que lo honran; su justicia es infinita por todas las generaciones” (DHH).

El amor humano, por más sincero que sea, muchas veces fluctúa, se enfría, cambia con el tiempo o depende de cómo nos sentimos. Pero el amor de Dios no cambia, porque no depende de nuestras emociones, de nuestra fidelidad, ni de nuestro buen comportamiento. Dios nos ama porque ha decidido amarnos. Si el amor de Dios fuera solo una reacción a nuestro esfuerzo o una recompensa por portarnos bien, ya lo habríamos perdido muchas veces. Pero no es así. Su amor está profundamente arraigado en su carácter fiel, no en nuestra inconstancia.

Jesús es la mayor prueba de ese amor. Romanos 5:8 dice que “Cristo murió por nosotros cuando aún éramos pecadores”. Eso significa que cuando estábamos en nuestro peor momento, Dios nos ofreció lo mejor de sí mismo. A veces decimos que amamos a nuestros hijos incluso cuando tienen un mal día. Pero el amor de Dios va mucho más allá: Él nos ama todos los días, sin excepción. Su amor no se apaga, no se olvida, no se cansa. ¿Has descansado alguna vez en esa verdad: que hay un amor que no depende de ti... pero que es todo para ti?

Ora: *Padre, gracias por tu amor inagotable. Enséñanos a amarte con un amor sincero y a compartir tus bendiciones con otros. En Cristo Jesús, amén.*



EL AMOR MATERNAL DE DIOS

“Como aquel a quien consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros, y en Jerusalén tomaréis consuelo”.

Isaías 66:13

Hace algún tiempo, un pastor visitó a una pareja que atravesaba una situación dolorosa: su hijo había sido condenado a cinco años de prisión. El padre, decepcionado, lo veía como una causa perdida. En cambio, la madre, con los ojos llenos de lágrimas, seguía viendo en él a su hijo querido, un buen chico que había cometido un error. Ella aún tenía esperanza en su recuperación, en su futuro.

La ternura de una madre es precisamente la imagen que Dios usa para hablar de su amor por nosotros. “¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti” (Isaías 49:15) Así de inconcebible es imaginar a Dios olvidándose de los suyos. Dios no solo no nos olvida... nos lleva grabados en sus manos. Somos como una marca imborrable, una herida abierta siempre presente ante sus ojos.

Esta imagen cobra aún más fuerza cuando recordamos lo que Jesús hizo por nosotros. Después de resucitar, Él mostró a sus discípulos las cicatrices en sus manos, las marcas que los clavos dejaron al ser crucificado. No las ocultó. Al contrario, las usó como prueba de quién era y del amor con el que había amado a los suyos. Esas cicatrices son el recordatorio eterno del increíble amor de Dios. Un amor más profundo y tierno incluso que el de una madre por su pequeño hijo.

Ora: *Gracias Señor, por consolarnos con tu amor y tu promesa de que nunca nos abandonarás. Permítenos celebrar cada día tu amor fiel. En el nombre de Jesús. Amén.*



HUÉRFANOS POR EL PECADO

“¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla?”.

Lucas 15:4

Nada nos deja más vacíos y huérfanos que el pecado... porque nos separa del único que puede llenarnos: nuestro Padre. El pecado no es solo un error: es una rebelión contra el Dios que nos ama. Nos empuja a lugares donde no pertenecemos, nos deja solos, hambrientos y perdidos.

Pero hay una buena noticia: Nuestro Padre vive para siempre y nos ama con amor eterno. Como un pastor que no se da por vencido hasta encontrar a su oveja, como alguien que busca con esmero lo que ha perdido, Dios orchestra cada detalle de nuestra vida para mostrarnos señales de su amor. Su deseo no es solo perdonarnos, sino adoptarnos de nuevo en su familia.

La Biblia dice que Dios siente una profunda compasión por los huérfanos (Deuteronomio 10:18), y eso nos incluye a todos los que, por causa del pecado, nos hemos apartado de Él. Incluso cuando nos exponemos a situaciones difíciles por nuestras propias decisiones, Dios no se da la vuelta ni nos abandona. Él interviene. Nos redime de la pobreza espiritual a la que nos ha llevado el pecado. Jesús es la expresión más clara de esa esperanza. Él no esperó que nosotros volviéramos por cuenta propia; vino a buscarnos. Dio su vida en la cruz y abrió un camino de regreso al Padre. Un camino de gracia, perdón y restauración. El pecado puede alejarnos de la presencia de Dios... pero nunca nos lleva más allá del alcance de su amor.

Ora: *Padre, gracias porque no nos abandonas. Aun cuando nos alejamos de ti, tú nos has buscado y encontrado. En Jesucristo, Amén.*



EL PADRE PRÓDIGO

“Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó”.

Lucas 15:20

Aunque este relato se conoce como la “parábola del hijo pródigo”, bien podría llamarse “La parábola del padre pródigo”. Tal vez al escuchar la palabra “pródigo” pienses en alguien rebelde, caprichoso o pecador. Pero en realidad, pródigo significa “derrochador, generoso, abundante”. Y aunque sí describe la vida desenfrenada del hijo menor, describe aún mejor el amor desbordante del padre. Esta parábola nos revela el carácter de nuestro Padre celestial, y cómo actúa su amor generoso en un mundo lleno de corazones extraviados.

A lo largo de la historia, cada gesto del padre rompe las expectativas. No se enoja. No se venga. No cierra la puerta. Accede a la escandalosa petición del hijo menor, dándole su herencia antes de tiempo. Es un amor que, en su libertad, permite incluso la rebelión. Pero ese mismo amor espera sin reproches, abraza sin condiciones y celebra sin límites. Cuando el hijo regresa —sucio, arrepentido, sin nada que ofrecer— el padre corre hacia él, lo cubre de besos, le devuelve la dignidad, y organiza una fiesta en su honor.

Así es el amor del Padre. Pródigo, sí. Pero en misericordia. Jesús contó esta parábola para que entendamos algo profundo: cuando un corazón se arrepiente y vuelve a casa, el cielo entero se alegra. Y el Padre, lejos de reprochar, celebra. ¿Has experimentado ese amor desbordante en tu vida?

Ora: *Padre, perdónanos si nos hemos alejado de tu amor. Ayúdanos a encontrar el camino de vuelta a casa y recíbenos en tus brazos amorosos. En Jesús, Amén.*

GRACIA O NADA

“Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo”.

Lucas 15:21

El hijo pródigo vuelve a casa con un discurso bien ensayado. Está dispuesto a trabajar, a pagar su deuda, a ganarse un lugar... aunque sea como jornalero. Al llegar, reconoce su pecado y acepta las consecuencias de sus actos. Y eso es importante: reconocer nuestro pecado y el daño que hemos causado es parte esencial del verdadero arrepentimiento. Pero antes de que termine su discurso, el padre lo interrumpe. No le deja ofrecer sus servicios ni negociar su lugar. Porque en la casa del Padre, no se vuelve como esclavo... se vuelve como hijo.

Para los que han pecado —para todos nosotros— la gracia es el único camino. Es gracia o nada. No hay forma de compensar el dolor causado, ni manera de recuperar por esfuerzo propio el favor del Padre. Solo queda una opción: recibir su perdón como un regalo, por medio de Jesús, y volver a Él con un corazón rendido.

No importa cuánto te hayas alejado... No importa cuánto hayas malgastado de lo que el Padre te dio... Volver a casa sigue siendo seguro. Jesús ya pagó el precio. Murió, resucitó, ascendió al cielo, y desde allí intercede por ti y por mí. El camino está abierto. El Padre está esperando. Y su gracia está lista para cubrirlo todo. La puerta está abierta. La mesa está servida. El Padre te espera con los brazos abiertos. ¿Darás ese paso hoy... y volverás a casa para recibir su gracia?

Ora: *Gracias, Padre, por el don de la salvación, comprada y pagada por la sangre de Jesús. Queremos recibir tu gracia y vivir como hijos tuyos. En el nombre de Jesús, Amén.*



PERDIDO... EN CASA

“He aquí, tantos años te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos”.

Lucas 15:29

El pecado no siempre es rebelión visible... a veces es orgullo escondido. Piense en el hermano mayor de la historia: parece el hijo ejemplar. No se va de casa. No rompe las reglas. No malgasta la herencia. Pero sí rompe algo más profundo: el corazón de su padre. Mientras el padre celebra con alegría el regreso del hijo menor, el mayor se llena de enojo y amargura. Se queda afuera de la fiesta, incapaz de comprender la gracia.

Por lo general vemos al hijo menor como el “pecador” y al mayor como el “justo”. Pero Jesús nos está enseñando que ambos estaban lejos del corazón del padre, aunque de maneras distintas. El hijo menor se fue físicamente. El hijo mayor nunca se fue... pero su corazón nunca estuvo realmente cerca. Jesús está hablándole aquí a los fariseos, a los que confiaban en sus obras, en su obediencia, en su buen comportamiento. Creían que agradar a Dios era cuestión de esfuerzo, no de gracia. Y muchos —como el hijo mayor— rechazan la gracia porque se sienten demasiado “buenos” para necesitarla.

El padre, en la historia, sale también al encuentro del hijo mayor. No lo reprende. Lo invita con amor. Porque la gracia es para los que se han ido lejos... y para los que se han quedado cerca, pero con el corazón endurecido. El hijo mayor también necesitaba perdón. Y el Padre pródigo también tenía un lugar reservado en la fiesta para él.

Ora: *Perdónanos, Señor, por convertir nuestra fe en un montón de reglas. Llénanos de tu gracia y de tu amor por todos. En Jesús, Amén.*



RESTAURACIÓN TOTAL

“Y el esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre”.

Juan 8:35

La profundidad de la gracia de Dios es verdaderamente sorprendente. Dios no se limita a perdonar a regañadientes: lo que Él anhela es restaurar completamente a aquellos hijos que han estado lejos. En la parábola del hijo pródigo, lo que el padre hace al ver a su hijo volver es mucho más que un gesto de ternura: es una declaración de perdón y restauración.

Ni siquiera deja que su hijo termine el discurso que había preparado. En cambio, dice con urgencia: “¡Traigan el mejor vestido! ¡Pónganle un anillo en el dedo y sandalias en los pies!” (Lucas 15:22). El vestido habla de dignidad recuperada. El anillo indica autoridad y pertenencia. Las sandalias muestran que no es un esclavo, sino un hijo libre en casa. Este padre no está castigando. No está negociando. Está restaurando. Y así es Dios con nosotros.

La culpa y la vergüenza de nuestros pecados fueron puestas sobre Jesús en la cruz. Él cargó lo que a nosotros nos correspondía. Con su muerte, nos liberó de la condena... y con su resurrección nos dio el regalo de volver a casa. Cuando recibimos a Cristo como nuestro Salvador, no volvemos como siervos temerosos, sino como hijos plenamente restaurados. Somos parte de la familia. Y nuestro Padre celestial nos recibe con los brazos abiertos, deseando vestirnos con su perdón y celebrar nuestro regreso.

Ora: *Tu gracia, Señor, es asombrosa. Gracias por restaurar nuestras almas y enviar a Jesús a salvarnos. En Cristo, Amén.*



Huascar de la Cruz, director del Ministerio Reforma

Suscríbete a nuestro canal de YouTube y no te pierdas de todo el contenido que hemos creado para ti



visita nuestra página web:
www.ministerioreforma.com





Haz lo que muchos han hecho alrededor del mundo, renovando su vida espiritual haciendo de CADA DÍA su devocional.

Los devocionales han sido una bendición. Esta mañana lo compartí con algunas madres de la iglesia y las motivé a compartirlo también.

Lidia Macías, California, Estados Unidos

Estas reflexiones son muy buenos y les agradezco las compartan. Dios les bendiga.

Silvia Carrera, Yucatán, México

Desde hace mucho tiempo he sido bendecido con la asistencia espiritual de ustedes como equipo, a través de sus meditaciones, y han sido de mucha ayuda para my familia y congregación
Adrian Padrón,Cuba,

¡Que linda palabra! Dios los bendiga y los guarde siempre. A todo el grupo de Reforma, muchas gracias. Un fuerte abrazo para todos.

Luz Henao, Cuba





Tú también puedes ser parte de nuestra comunidad, te esperamos en nuestras redes sociales.



¡Nos encantaría saber de ti!

Si tienes alguna duda o sugerencia
puedes escribirnos a:

cadadia@ministerioreforma.com

o enviarnos un mensaje a nuestra página
de facebook:

Ministerio Reforma



LA COMPASIÓN DEL PADRE

“Misericordioso y clemente es Jehová; Lento para la ira, y grande en misericordia”.

Salmo 103:8

La compasión nace de entender las luchas y limitaciones de alguien más. Cuando un niño pequeño derrama su tazón de cereal, sentimos ternura, no ira. Sabemos que aún está aprendiendo, que no entiende del todo cómo funciona el mundo. Pero si un hijo de doce años hace lo mismo, nuestra reacción cambia. Como padres, ajustamos nuestras expectativas según la etapa de crecimiento de nuestros hijos.

Así también actúa nuestro Padre celestial. Él conoce nuestras limitaciones. Sabe de qué estamos hechos, que somos frágiles, que nuestras fuerzas fallan, que nuestra visión es corta. Y aunque muchas veces somos rebeldes, aunque fallamos una y otra vez, su compasión no cambia. El Salmo 103 dice: “No nos ha tratado conforme a nuestros pecados, ni nos ha pagado según nuestras maldades” (v. 10). Si fuéramos tratados con justicia pura, estaríamos perdidos. Pero Dios actúa con misericordia.

Y eso, desde nuestra perspectiva, puede parecer casi “injusto”. No es justo que un Salvador inocente muriera por pecadores. No es justo que se nos ofrezca perdón completo sin mérito alguno. Eso es gracia. Eso es amor. Eso es compasión. ¿No te conmueve saber que Dios no te trata como mereces, sino con compasión? Eso cambia todo. Nos llena de humildad, pero también de gozo. Y nos invita a vivir y tratar a otros con el mismo corazón compasivo que hemos recibido del Padre.

Ora: *“Bendice a Jehová, alma mía”. Gracias Dios, por ser nuestro Padre compasivo. Enséñanos a ser compasivos como tú lo eres. En Jesucristo, tu Hijo. Amén.*



HIJOS CON TODOS LOS DERECHOS

“Así pues, tú ya no eres esclavo, sino hijo de Dios; y por ser hijo suyo, es voluntad de Dios que seas también su heredero”.

Gálatas 4:7 DHH

Hoy en día, puede sonar extraño afirmar que todos los cristianos son “hijos de Dios”. Pero en el primer siglo, esas palabras tenían un peso enorme. Captaban con claridad el valor de la identidad cristiana y lo que significaba pertenecer a la familia de Dios.

En aquella época, la sociedad era profundamente desigual. Las mujeres tenían pocos derechos y muchas veces eran tratadas como propiedad. En cambio, los hombres —y especialmente los hijos varones— eran quienes recibían todos los privilegios: libertad, herencia y acceso al corazón del padre. Pasaban tiempo con él, aprendían de su carácter, y se esperaba que algún día fueran como él.

En ese contexto, el apóstol Pablo escribe en Gálatas 4:4–5: “Pero cuando se cumplió el tiempo, Dios envió a su Hijo [...] para que recibiéramos la adopción como hijos”. Con esas palabras, Pablo rompe todos los moldes sociales de su tiempo: en Cristo, todos los creyentes —hombres y mujeres— reciben la misma dignidad, la misma libertad y la misma herencia. No hay cristianos de segunda categoría. Todos somos hijos con pleno derecho. La buena noticia es que si estás en Cristo, sin importar tu raza, tu historia, tu estatus social o económico, eres hijo de Dios. Has sido adoptado con amor y con gozo, y ahora tienes acceso al corazón del Padre, a su presencia, a su cuidado y a su reino.

Ora: *Gracias, Señor, por darnos lo mejor, y adoptarnos en tu familia. Ayúdanos a vivir con fe y alegría. En el nombre de Jesús, Amén.*



AMOR CORRESPONDIDO

“Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero”.

1 Juan 4:19

Cuando un bebé llega a casa, todo en su entorno gira en torno a él. Aunque no entienda lo que sucede, hay brazos que lo cargan, manos que lo alimentan, y unos padres dispuestos a darles todo el cuidado que necesitan. Todo lo que ellos hacen por él, no es para obligarlo a responder, sino porque lo aman profundamente. Ese amor no depende de lo que el niño pueda dar a cambio; simplemente emana de un corazón generoso.

Así es el amor de Dios. No es un truco emocional para manipularnos ni una estrategia para obtener obediencia. Dios es amor, y su amor hacia nosotros es real, profundo y constante. Aunque al principio no lo reconozcamos, aunque seamos espiritualmente inmaduros o indiferentes, su amor permanece.

Pero no fuimos creados para quedarnos como niños espirituales. Dios nos llama a recibir su amor con conciencia y gratitud. Como dice Juan 1:12–13, a todos los que reciben a Jesús, Dios les da el derecho de ser llamados hijos suyos. Esa es la mayor muestra de su amor: nos adopta como suyos y nos invita a responderle con amor genuino.

Cuando comprendemos la profundidad del amor con que Dios nos ha amado, ya no podemos seguir igual. Nos es imposible mirarlo con indiferencia. Cuando descubrimos que su amor lo llevó a dar a su Hijo por nosotros, ¿cómo podríamos resistirnos a amarle también?

Ora: *Padre celestial, ayúdame a darme cuenta de tu gran amor por mí. Y permite que la abundancia de tu amor cree en mí ese mismo amor. En Jesucristo, amén.*



RECIBIENDO EL REINO COMO NIÑOS

“De cierto os digo, que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él”.

Marcos 10:15

Las palabras de Jesús son sorprendentes. ¿Significa esto que los adultos no tienen lugar en el reino? No. Jesús no está diciendo que solo los niños son bienvenidos. Lo que Él quiere es que los adultos vengan como niños. Con confianza. Con apertura. Con alegría y una dependencia total en el Padre.

Los niños no vienen con una lista de méritos. No se acercan presumiendo logros o conocimientos. Vienen con el corazón abierto, con una fe sencilla y con la expectativa de que serán amados. Jesús honra esa actitud, y nos invita a que también la cultivemos.

No se trata de entenderlo todo, sino de acercarse. No de tener todas las respuestas, sino de confiar en Aquel que las tiene. Y esto lo vemos en el pasaje precedente, en la forma en que los adultos se presentan a Jesús para plantearle un dilema. Mientras la multitud discute, analiza o cuestiona, los niños simplemente se acercan a Jesús y se quedan allí, en Su presencia. Eso es lo que Él desea de nosotros.

Tal vez tú también has estado observando a Jesús desde la distancia. Quizá te has sentido indigno, confundido o demasiado ocupado para detenerte y venir a Él. Pero la invitación sigue en pie: ven como un niño. La buena noticia es que cuando nos acercamos a Dios por medio de Jesús, Él no nos aleja. Nos recibe con brazos abiertos, como un Padre amoroso recibe a sus pequeños.

Ora: *Padre, queremos vivir eternamente en tu reino. Concédenos la fe de un niño para confiar en ti y abrazar el perdón y la aceptación que nos ofreces en Cristo Jesús. En su nombre, Amén.*



LO QUE DIOS ESCOGE

“Sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte”.

1 Corintios 10:27

¿Recuerda cuando consiguió su primera estrellita en la frente en el jardín de niños? ¿O la ocasión en que vio su nombre en el cuadro de honor de su generación? Difícil olvidar esa alegría, esa mirada buscando una señal de aprobación, esa sonrisa de satisfacción aflorando en los labios. Y sucede en el niño que nos apunta con su dedo a la frente, como en el general con su uniforme repleto de condecoraciones. Es algo que nos ayuda a desarrollar confianza en nuestras habilidades, pero también puede reforzar una tendencia innata al orgullo.

Este pasaje nos dice algo sorprendente. Dios no escoge a nadie para formar parte de su pueblo por los premios obtenidos, ni por las destrezas especiales que posea. Cuando Él nos llama, nuestra falta de reconocimientos humanos no es un obstáculo para que él derrame su amor sin medida en nosotros. Él no necesita sabios, gente de influencia o de linaje distinguido para formar su iglesia.

Este es un privilegio increíble. ¿Cómo podría un gesto así despertar actitudes de orgullo espiritual cuando todo lo que somos lo debemos a Dios? Que esto a veces suceda nos alerta a estar en guardia contra nuestro anhelo de reconocimiento y aprobación humanos. Dios no nos llamó para enseñarnos qué grandes somos, sino para mostrarnos cuán grande es él. ¡Démosle a Él la gloria!

Ora: *Gracias, Padre, por permitirnos ser tus hijos, por aceptarnos cuando acudimos a ti. Ayúdanos a vivir cada día con una fe como la de los niños. En Jesús. Amén.*



UNA FE VALIENTE

“Y él dijo: Ven. Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús”.

Mateo 14:29

¿A qué niño no le gusta un buen chapuzón en el agua? Basta con verlos lanzarse una y otra vez, entre risas y salpicaduras, confiados en que sus padres están cerca, atentos a cada movimiento. Aunque no lo piensen, se arrojan a una situación que, si lo analizamos, podría salir mal. Pero no tienen miedo. ¿Por qué? Porque saben que hay unos brazos listos para atraparlos. Confían con una fe valiente, casi temeraria, en el amor y el cuidado de sus padres.

Esa es la clase de fe que llevó a Pedro a bajarse de la barca y caminar hacia Jesús en medio de la tormenta. Es la misma fe que impulsa a los cristianos a vivir con audacia, desafiando los valores de este mundo para seguir fielmente a Cristo. Es la fe que mueve a un misionero a dejarlo todo y llevar el Evangelio a lugares lejanos, confiando en que Dios lo sostendrá.

A veces, el miedo nos paraliza. Nos hace quedarnos en la orilla, aferrados a lo conocido. Pero la invitación de Dios es clara: lánzate a mis brazos. Si no lo hacemos, nos perdemos la oportunidad de ver cómo su fidelidad nos sostiene, incluso cuando el agua parece profunda. Nuestra fe crece cuando dejamos de calcular riesgos y simplemente confiamos. Cada vez que nos lanzamos a las manos del Padre, descubrimos que su amor perfecto expulsa todo temor (1 Juan 4:18). ¿Te atreves a saltar hoy?

Ora: *Señor, danos la fe para salir de la barca y confiar en ti. Que nuestra fe crezca a medida que te seguimos y experimentamos tu cuidado personal. En el nombre de Jesús, Amén.*





AÚN HAY MÁS

“Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos”.

Efesios 3:20

Cuando Pablo pronuncia estas palabras, no está dando una simple enseñanza doctrinal: está adorando. Está exaltando al Padre que nos bendice con toda bendición espiritual y que nos ha dado el mayor regalo de todos: a su Hijo habitando en nosotros por medio del Espíritu. Todo lo que recibimos de Él es maravilloso... pero todavía hay más. Dios es mucho más bondadoso de lo que podemos imaginar.

Los buenos padres muestran su amor al cuidar y proteger a sus hijos. Y sin embargo, nuestro Padre celestial va mucho más allá. Él conoce nuestras necesidades mejor que nosotros mismos. Tiene la sabiduría para discernir lo que realmente nos conviene, y el poder para hacerlo realidad, incluso más allá de lo que podemos pedir o imaginar (Efesios 3:20). A veces, nuestra visión limitada nos lleva a pensar que sabemos más que Dios. Le pedimos cosas que creemos necesarias, sin saber que podrían dañarnos. Y en nuestra necedad, incluso nos frustramos cuando Él no responde como esperábamos.

Pero nuestro Padre siempre actúa con sabiduría y amor. No necesitamos indicarle cuál debería ser su voluntad. Lo que necesitamos es aprender a confiar, rendirnos a su guía perfecta y agradecerle por su cuidado constante, aun cuando no comprendamos todo lo que permite. Demos gracias hoy por su fidelidad. Porque aunque no lo entendamos todo, sabemos que Él siempre sabe lo que hace.

Ora: *Padre, danos la oportunidad de apreciar cómo se desarrolla tu voluntad en nuestras vidas y la fe para confiar en tu bondad cuando nuestra visión falle. En Jesús, Amén.*



GLORIOSA LIBERTAD

“Considero que los sufrimientos del tiempo presente no son nada si los comparamos con la gloria que habremos de ver después”.

Romanos 8:18 DHH

¿Alguna vez has sentido que el peso de la vida es demasiado? Todos atravesamos momentos difíciles —pérdidas, fracasos, decepciones— que nos hacen pensar que el sufrimiento es lo único que hay. Pero Pablo nos recuerda algo poderoso: lo que estamos viviendo hoy no se compara con la gloria que Dios tiene preparada para sus hijos.

En el mismo capítulo, Pablo habla de “la gloriosa libertad de los hijos de Dios”. Y es justamente eso lo que nos sostiene: no somos prisioneros de este mundo ni de nuestro pasado. Somos hijos de un Padre que nos ha liberado de la condenación del pecado, y que ha prometido un futuro lleno de gozo, justicia y plenitud.

Esa libertad no significa hacer lo que queramos sin consecuencias. Significa que, por la obra del Espíritu en nosotros, nuestro corazón ahora desea lo que agrada al Padre. Podemos vivir sin miedo, sin culpa, sin cadenas... porque hemos sido transformados desde dentro. La verdadera libertad es poder ser quien fuimos creados para ser: hijos amados, redimidos y guiados por Dios. ¿Te das cuenta de lo que eso significa? No estamos solos en este camino. Somos parte de una familia. Hemos sido perdonados, restaurados y llamados a vivir para algo mucho más grande que nosotros. Esa es la gloriosa libertad de los hijos de Dios: vivir hoy con esperanza, y caminar hacia una gloria eterna.

Ora: *Te alabamos, oh Dios, por la redención y la libertad de nuestras almas. Ayúdanos a ser como Cristo al servirte a ti y a los demás. En el nombre de Jesús, Amén.*

LO QUE TODO CREYENTE DEBE SABER

“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados”.

Romanos 8:28

No somos una casualidad. Es cierto que hay momentos en los que todo parece desconectado. La vida a veces se siente como una mezcla de piezas sin sentido: dolores que no esperábamos, puertas que se cierran, relaciones cercanas difíciles de restaurar. Pero si eres hijo de Dios, nada en tu vida ocurre al azar.

No eres un accidente ni una pieza suelta en un universo sin rumbo. Dios te tiene en su mirada desde la eternidad. Aun cuando no entiendas lo que pasa, puedes tener la certeza de que todo —sí, todo— está siendo usado para tu bien. Eso incluye lo bueno, lo malo y hasta lo que no tiene explicación hoy. ¿Creyentes que sufren menosprecio debido a su fe? ¿Leyes que atentan contra los designios de Dios para la humanidad? ¿Congregaciones que padecen persecución injustamente? No hay nada que tome por sorpresa a Dios.

¿Y cómo podemos estar seguros de eso? Porque hemos sido llamados por Dios con un propósito. No es un plan improvisado. No es que Dios esté tratando de arreglar lo que salió mal. Él siempre ha tenido un diseño, y parte de ese diseño es que llegues a parecerte cada vez más a Jesús. Un día veremos todo con claridad. Mientras tanto, camina con confianza. Dios no improvisa. Y en su amor, ha prometido llevarte hasta el final. No eres una casualidad. Eres parte de un plan eterno y lleno de gloria.

Ora: *Padre eterno, gracias porque mi vida no está sujeta al azar ni al caos. Aun cuando no entiendo lo que ocurre, sé que Tú estás obrando con propósito y amor. En Cristo, Amén.*

EL DIRECTOR DE LA ORQUESTA

“En amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad...”

Efesios 1:5

Adoptar a un niño es un acto de profundo amor, pero también implica mucho esfuerzo. Requiere llenar formularios, evaluaciones, visitas a domicilio, permisos oficiales y una serie de requisitos legales y financieros. Para nuestro Padre celestial, adoptarnos como hijos tampoco fue sencillo ni barato. Fue un proceso largo, planeado desde la eternidad, lleno de gracia, y a un costo inmenso: la vida de su propio Hijo.

Efesios 1:5 nos recuerda que es Dios quien toma la iniciativa en esta relación. Jesús, su Hijo, pagó el precio de nuestra adopción con su propia vida, y el Espíritu Santo actúa como nuestro sello y garantía, obrando en lo profundo de nuestro ser para confirmarnos como hijos legítimos y herederos de todas sus promesas.

La adopción espiritual no es una ocurrencia de último momento. Nuestro regreso a casa es el resultado de la orquestación amorosa de innumerables detalles a lo largo de nuestra vida. Dios ha dirigido cada paso con sabiduría y propósito, como un gran director de orquesta que toma muchas partes en movimiento y las transforma en una sinfonía armoniosa. Así es nuestro Dios: soberano y amoroso, capaz de tomar miles de hilos sueltos y entretrejerlos para cumplir su plan perfecto. En Cristo, hemos sido adoptados, sellados y amados para siempre. ¡Qué asombroso es formar parte de su familia!

Ora: *Gracias, Padre, por amarnos tanto y planear nuestra salvación. Ayúdanos a apreciar tu asombrosa obra en nuestras vidas cada día. En Cristo Jesús, Amén.*

APELLIDO FAMILIAR

“Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”.

Mateo 5:16

Cuando formas parte de una familia, representas algo más que tu propio nombre. Tal vez te ha pasado que alguien hace una observación como: “¡Claro que eres hijo de fulano, se nota!”. O que tus acciones llevan a otros a hacerse una idea —buena o mala— de tu familia. A veces, sin querer, somos el reflejo de quienes nos formaron.

Lo mismo ocurre con nuestra identidad espiritual. Como hijos de Dios, también representamos a nuestra familia celestial. Querámoslo o no, otras personas formarán una opinión sobre Dios —nuestro Padre— según lo que ven en nosotros: nuestras palabras, nuestras actitudes, la manera en que tratamos a los demás. Somos una especie de “ventana” por la que el mundo mira y dice: “¿Así es el Dios en quien creen?”

Jesús fue muy claro: debemos dejar que nuestra luz brille en medio de la oscuridad (Mateo 5:16). No por vanagloria, sino para que otros vean nuestras buenas obras y glorifiquen al Padre. Si eres cristiano, llevas el nombre de Cristo contigo. Y eso no es poca cosa. La Biblia nos llama “embajadores de Cristo” (2 Corintios 5:20), personas que representan a Jesús en la tierra. Así que, la próxima vez que te encuentres con alguien —en casa, en el trabajo, en la calle— recuerda: estás representando a una familia: La del Rey. ¡Llevemos con gozo y responsabilidad el nombre de Jesús dondequiera que vayamos!

Ora: *Señor, danos fuerza y sabiduría para vivir con integridad por tu causa y llevar tu nombre a donde vayamos. Que ser cristianos nos distinga en este mundo. En el nombre de Jesús, Amén.*

UN ANDAR IGUAL AL DEL PADRE

“Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó...”

Efesios 5:1-2

En muchas familias, hay rasgos que se heredan de forma natural: una sonrisa parecida, una expresión familiar, un tono de voz que delata el parentesco. En la familia de Dios, hay también un rasgo inconfundible que nos identifica: el amor. No cualquier amor, sino uno que se sacrifica, se entrega y busca el bien del otro por encima del propio.

Pablo nos recuerda que la única razón por la que estamos en esta familia es por el amor inagotable de Dios. No llegamos por méritos, ni por herencia biológica, sino por el amor inmerecido que Cristo nos mostró en la cruz. Ese amor es el que nos adoptó, nos transformó y nos dio un nuevo apellido: hijos amados.

Y como hijos amados, se nos llama a andar en amor. Este llamado no es una carga legalista, sino una invitación a vivir de acuerdo con nuestra nueva identidad. El amor no es solo un mandato, es una prueba de ADN espiritual. Cuando amamos a los demás, estamos reflejando de quién somos hijos. Como dice 1 Juan 4:7-8, “el que ama, ha nacido de Dios y conoce a Dios”. Pero este amor no es sentimentalismo. Es un amor sacrificial, activo, costoso, como el de Cristo. Amar como Cristo amó implica a veces perdonar cuando duele, servir sin esperar reconocimiento, acompañar en silencio, o dar incluso cuando cuesta. Es vivir como Jesús vivió... y amar como Él amó.

Ora: *Señor, llénanos de amor para servir a los demás con desinterés y permite que nuestra bondad ayude a transformar vidas y traerlas a Jesús. En su nombre te lo pedimos. Amén.*

UNA DISCIPLINA CON SENTIDO

“Y aquellos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero este para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad”.

Hebreos 12:10

¿Alguna vez pensaste que, si Dios realmente te amara, no permitiría ciertas dificultades en tu vida? Es una idea que muchos tenemos en momentos de dolor. Pero la Biblia nos muestra algo muy distinto: Dios nos ama tanto, que está dispuesto a intervenir —aunque duele— para corregirnos y guiarnos por el mejor camino.

Cuando éramos niños, no entendíamos por qué nuestros padres no nos dejaban hacer todo lo que queríamos. ¿Recuerdas alguna vez en que te dijeron que no podías ir a algún lugar o hacer algo “porque ellos sabían lo que era mejor”? Con el tiempo, muchas de esas decisiones tuvieron sentido. La disciplina, aunque incómoda, estaba guiada por el amor.

Con Dios pasa igual, pero en un nivel mucho más profundo. Él no es un Padre indiferente que mira desde lejos. Es un Padre comprometido, que se mete en el corazón de nuestras decisiones, que pone límites, que corrige con firmeza... pero siempre con amor. Y lo más asombroso es esto: su objetivo no es simplemente “corregirte”, sino llevarte a algo mucho más grande —a participar de su santidad. A veces nos cuesta verlo. El proceso puede ser doloroso, confuso... incluso frustrante. Pero si lo miramos desde el amor del Padre, entendemos que su disciplina es una señal de que somos suyos. Él no corrige a los extraños, solo a los hijos. Y tú eres su hijo, su hija. No lo olvides.

Ora: *Padre, dame un corazón humilde para recibir tu disciplina con gratitud, como una muestra de que soy tu hijo y que me estás guiando a ser más como Jesús. En Cristo Jesús. Amén.*

DIOS CON NOSOTROS

“He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios”.

Apocalipsis 21:3

A veces es difícil imaginar lo que significa ser heredero de Dios. Sabemos que hay una promesa, que se nos ha dado una herencia gloriosa junto con Cristo... pero los detalles parecen un misterio. Sin embargo, la Biblia nos ofrece un adelanto, como si fuera el tráiler de una película que apenas podemos esperar ver completa.

En Apocalipsis 21 se nos da una pequeña ventana a ese futuro asombroso. Y aunque muchas veces nos distraemos con la imagen de calles de oro y puertas resplandecientes, lo que realmente debería detenernos el aliento es esta frase: “Dios mismo estará con ellos como su Dios” (Ap. 21:3 RVA). Ese es el verdadero tesoro. El mayor regalo de nuestra herencia no es un lugar lujoso, sino una presencia permanente. No más separación. No más distancia entre el Creador y sus hijos. No más lágrimas, ni dolor, ni soledad. Solo Dios... con nosotros. Para siempre.

Eso es lo que nos espera: una eternidad donde viviremos completamente abrazados por el amor del Padre. Y esa relación perfecta —no el oro ni las piedras preciosas— es la verdadera joya de la corona de nuestra herencia. Pero, ¿es realmente esto lo que más anhelas del reencuentro con Dios? Porque lo que deseas ahora, tus sueños y prioridades presentes, revelan dónde está tu corazón. Al final, donde esté tu tesoro... allí estará también tu corazón.

Ora: *Padre celestial, nuestras almas anhelan el día en que moremos contigo. Gracias por revelarnos tus planes a través de tu Palabra. Esperamos ese día con gozo. En Jesús, Amén.*

LA ESPERA VALE LA PENA

“El reino de los cielos es semejante a un rey que hizo fiesta de bodas a su hijo”.

Mateo 22:2

Hay algo profundamente conmovedor en las bodas. Celebran el amor, la unión y la esperanza de un nuevo comienzo. Nos envuelven con música que toca el corazón, con risas, con platos deliciosos, y con el gozo compartido de quienes celebran juntos. No es extraño que Jesús haya comparado el reino de los cielos con un banquete de bodas. Estas celebraciones terrenales son destellos, pequeñas anticipaciones del gozo celestial.

Y es que, en medio de una vida que muchas veces se siente lejana al cielo —con luchas, pérdidas y cansancio— esta imagen nos llena de esperanza. No todo es dolor, no todo es espera. Si estamos revestidos de Cristo, estamos invitados a ese banquete eterno. Somos parte de la historia que culmina en una celebración gloriosa.

La Biblia describe el cielo nuevo y la tierra nueva como un festín preparado por Dios mismo. Y los momentos de alegría que vivimos aquí, aunque breves, son como bocados de esperanza: pequeños aperitivos que nos recuerdan que lo mejor aún está por venir. Como quien espera su turno bajo la lluvia para entrar a un restaurante prometido, sabemos que la espera valdrá la pena. Así que, mientras servimos al Señor en esta tierra, vivamos con la mirada puesta en esa celebración eterna. El banquete está preparado... y nuestro lugar ya está reservado.

Ora: *Gracias Padre por la alegría de los momentos celestiales en esta vida y la promesa del cielo en la próxima. En el nombre de Jesús, Amén.*





